

CHICAS SUREÑAS Y GRANDES NORTEÑAS: TIPOLOGÍA DE LA HACIENDA AVALEÑA

Rodolfo FERNÁNDEZ

Esta es una somera reflexión sobre los latifundios de la zona del sur de Jalisco actual que durante la época virreinal fue conocida como la Provincia de Ávalos y tuvo a la Cuenca de Sayula como ámbito central. Se hace excepción del área de Cocula, en el extremo noroeste de la Provincia, que por su localización en el Valle de Ameca se considera más de su pertenencia. Me referiré a sus tamaños, a sus recursos, a su explotación, a la aparente transformación de su base económica y a sus particularidades en el contexto novohispano.

Para comenzar resulta la pregunta de ¿cómo les llamaban a los latifundios avaleños?, o más bien, ¿desde cuándo les decían haciendas? El documento más viejo de que se dispuso, y que se refiere a la hacienda de Amatitlán, data de 1536 y en esa fecha se le llama "estancia".¹ Igual sustantivo le da otro protocolo, de 1547, pertinente a la compra por Alonso de Ávalos, el Viejo, de tierras de indios, vecinas a las que en dicho lugar tenía.² Pero cuarenta años más tarde, en 1588, Amatitlán ya es referido como hacienda.³ En consecuencia, el uso del término hacienda en el área debió haber comenzado entre las décadas quinta y octava del siglo XVI; pero quizá por fechas más cercanas a la segunda.

Luego viene la pregunta de cómo se constituyeron. En el caso avaleño se observa un origen variable de la propiedad de los latifundios. Se daba tanto el otorgamiento de mercedes de tierra por las autoridades como la compra de predios a los receptores iniciales de mercedes y a los indígenas. La compra de tierras a indios fue la práctica más temprana de que se tiene evidencia y ello sucedió en Amatitlán en 1536. Entonces Alonso Martín obtuvo tierra de los indígenas a cambio de mantas.⁴ La merced de tierra cuyo otorgamiento más temprano se tiene consignado en la Provincia data de 1541 y fue dada en Cocula —el consignado extremo noroeste de la entidad. La más vieja de las mercedes concedidas en el

¹ Archivo Particular Jorge de la Peña (en adelante APJP), Títulos de Amatitlán, 1536, f. 23.

² APJP, Títulos de Amatitlán, 1547, f. 7.

³ APJP, Títulos de Amatitlán, 1588, f. 30 y 43.

⁴ APJP, Títulos de Amatitlán, 1536, f. 18-23.

interior de la Cuenca de Sayula parece haber sido la otorgada en 1555 a Francisco de Saavedra, con estancias de ganado mayor en Teocuitatlán y Amacueca.⁵

En lo que se refiere a la venta temprana de mercedes por sus receptores iniciales, no se sabe si se trata de operaciones reales o simuladas; es decir, no hay evidencia de que se haya obtenido tierra a través de prestanombres, como se ha logrado documentar para otras comarcas. Lo que si queda claro es que las principales haciendas avaleñas tuvieron su origen en mercedes de tierra. Las fincas asociables a los encomenderos y sus descendientes fueron de menor importancia.

En seguida vienen dos preguntas complementarias: ¿cómo eran? y ¿cómo se transformaron?, para responderlas se tratará de reconstruir que cambiaba y que permanecería en ellas, a partir de documentos y literatura sobre una media docena de fincas de la Provincia, que se refieren a diferentes momentos de su existencia, entre 1536 y principios del siglo XIX.

Ante la pregunta de ¿cómo eran?, lo primero que ocurre ilustrar es el tamaño que alcanzaron. Por lo que se refiere al sur de la Provincia, se cuenta con datos de cobertura parcial de las siguientes haciendas: de Amatlán, de los siglos XVI y XVII; de las de Chichiquila y Ojo Zarco, se tiene información sobre el fin del siglo XVIII y principios del siglo XIX; de la parte norte se cuenta con información sobre Huejotitán, para ciertos momentos de los siglos XVII y XVIII; también se tiene algo referente a las haciendas que en un tiempo fueron sus fincas hermanas: Toluquilla, Tizapán, Tuxcueca, San José de Gracia, Xaxala, San Pedro del Rancho y San Nicolás de la Provincia —de la cual sólo una fracción era avaleña.

Se observa una tendencia de las propiedades norteñas a ser sensiblemente mayores que las sureñas, con alguna excepción si se comparan propiedades en forma individual. Pero si se consideran agrupadas en función de sus dueños la situación es más clara. La tendencia a ser mayores las propiedades del norte se podría relacionar con los patrones de distribución de la población provincial —sobre todo la indígena— en los siglos XVI y XVII; es decir, a los lugares que tenían menor ocupación humana, con aquéllos en que se formaron heredades más extensas. Por otra parte, sería posible ligar a los momentos de máxima concentración de tierra en manos de los grandes propietarios con el lapso en que la población indígena cayó a sus niveles más bajos, a mediados del siglo XVII.

⁵ Lucía Arévalo Vargas, *Historia de la Provincia de Ávalos, Virreinato de la Nueva España*, Guadalajara, U. de G. — IJAH. INAH., 1979, p. 159-164.

Las grandes propiedades avaleñas eran predios que por lo general abarcaban dos o más nichos ecológicos, que iban de la “playa” a la llanura, de ahí al pie de monte, la escarpa y la sierra. En algunos casos veremos como eran agrupadas para lograr esa cualidad, que les permitía ser versátiles en su producción. La versatilidad resalta entre los rasgos importantes de la hacienda avaleña. Como respuesta a la baja precipitación pluvial en el fondo de la Cuenca de Sayula, la producción variada parece haber sido condición de subsistencia. La propia Isabel Kelly, en su breve pero estupenda descripción de la zona, nos dice que la lluvia en la cuenca es muy escasa y “...las cosechas de maíz se pierden en monótona repetición debido a las sequías”.⁶

De lo anterior se cae en cuenta que la irrigación también era trascendental para la subsistencia de las haciendas avaleñas y la autora antes mencionada consigna la existencia de manantiales en Verdía, Sayula, Amacueca, Atoyac y, especialmente, en Amatitlán y Tamaliagua.⁷ Por otra parte, Ángel Palerm los documenta en Amatitlán —sujeto no identificado de Zacoalco—, así como en Cocula, Teocuitatlán y Tepec.⁸ En recorridos propios por el área también se sabe que los había en Poncitlán, Tehuantepec, Techaluta y Cuyacapán.

Todos los pueblos principales de la cuenca contaban con agua naciente. Sayula con nacimientos en la propia cabecera, Amatitlán y Tamaliagua. Amacueca aprovechaba su situación cercana al límite entre el somontano alto y la escarpa y se utilizaban los manantiales que ahí brotaban. Atoyac tenía fuentes en Poncitlán, Tehuantepec, Isla Grande, Cuyacapán, San Juan y los Arcos. Zacoalco contaba al menos con los manantiales del actual Verdía, que podrían ser los del dicho Amatitlán. En las zonas de la Provincia más distantes de Sayula los había al menos en Ajijic, Jocotepec y Cocula.⁹

Las tierras de los pueblos que tenían agua, o aquellas que la tenían propia, habrían de ser las más codiciadas. No en balde Alonso de Ávalos el Viejo se hizo precisamente de Amatitlán y Chichiquila. Amatitlán tenía los manantiales propios y los de Tamaliagua, que manaba cerca de Cuyacapan. De Chichiquila no hay datos específicos, pero es de esperarse que tuviese agua propia ya que, según datos de fin de la época colonial, contaba con diecinueve caballerías de tierras de siembra —que eran buena extensión— las cuales debieron ser de riego.

⁶ Isabel Kelly, “Recorrido de superficie en la cuenca de Sayula en los años 1941 a 1944”, s.p.i.

⁷ *Ibid.*

⁸ Ángel Palerm, “Aspectos agrícolas de la civilización prehispánica en Mesoamérica”, en Ángel Palerm y Eric Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 36-42.

⁹ *Ibid.*

Esto se corroboró en recorrido de superficie. Además, Amacueca, su pueblo inmediato, tenía ricos veneros que Chichiquila debió aprovechar, pues de sus famosas terrazas irrigadas, en las que todavía abundan las huertas, la hacienda de Chichiquila tenía tres.¹⁰

Las dos haciendas representativas del sur de la Provincia, aunque pequeñas, tuvieron acceso a tierra serrana. Amatitlán de manera directa y Chichiquila por medio de su hacienda hermana de Ojo Zarco, situada allende la escarpada de la sierra de Tapalpa, que se anexó entre la cuarta y la octava década del siglo XVIII. Ambas eran relativamente pequeñas. Amatitlán, por ejemplo, hacia 1647, cuando su composición, tenía dos sitios de ganado mayor, dos de menor y cuatro caballerías de tierra, que sumaban 5 243 hectáreas, en términos aproximados.¹¹ Chichiquila, por su parte, a principios del siglo XIX tenía un sitio de ganado mayor, otro de menor y diecinueve caballerías, con un total estimado de 3 346 hectáreas. Ojo Zarco poseía poco más de un sitio de ganado mayor. Entre ambas alcanzaban un área estimada de 5 100 hectáreas.¹²

Los cascos de las haciendas avaleñas del siglo XVII parecen haber sido muy sencillos en su construcción, su mobiliario y sus bienes. Tendían a ser pequeños y rústicos, como se ha podido corroborar por medio de documentos y por visita a los sitios en que yacían. El inventario de Huejotitán, que data del último cuarto de la centuria, ilustra con claridad esta situación.¹³ No obstante tratarse de la hacienda cabecera del gran latifundio del norte avaleño, poseía un mobiliario modesto y apenas un par de piezas acondicionadas como recámaras, lo que sugiere que los patrones y sus lugartenientes debieron itinerar de finca en finca, supervisando el trabajo de los mayordomos, vaqueros y otros empleados. Esto indica que las residencias de sus familias, más que en la hacienda, debieron estar en Sayula, Atoyac, Zacoalco o Guadalajara, pero sobre todo en la primera y la última.

Una hacienda como Toluquilla de Ávalos, que mucho tiempo fuese cabecera del gran latifundio referido, parece haber sido una finca de media docena de habitaciones con un mínimo de dependencias, a juzgar por los restos que sobreviven. Lo mismo debió suceder con su hacienda hermana de Citala, cuyo casco es apenas reconocible como tal; más bien parece la sacristía de la que fuera su humilde capilla. El anti-

¹⁰ APJP, Títulos de Amatitlán, f. 110-118. Archivo Particular Alfonso Castro Gutiérrez (en adelante APACG.), Inventarios extrajudiciales a bienes del finado don José María Gutiérrez practicados por el bachiller don José María Germán Gutiérrez..., 1818, s.f.

¹¹ APJP, Títulos de Amatitlán, f. 116.

¹² APACG, Inventarios extrajudiciales a bienes del finado don José María Gutiérrez..., 1818, s.f.

¹³ Archivo de la Real Audiencia de Guadalajara (en adelante ARAG.) Ramo *Civil*, caja 15, 1682, leg. 1.

guo San José de Gracia no se ha localizado, pero sobrevive en su segundo asiento un majestuoso casco neogótico del fin de siglo XIX, que ilustra la importancia de la heredad. El casco de la antigua hacienda de Chichiquila no se ha localizado aún, pero era también modesto por lo que se sabe a partir de su inventario de 1818. La casa que sobrevive como casco de la Chichiquila actual es de este siglo y todavía más parca que la anterior.

La casa antigua estaba compuesta de: "...sala con cielo de viga [,] tienda con mostrador y armazón; dos recámaras [,] una ...de madera y otra de ladrillo [;] un cuarto al pasillo también enladrillado con tabique de tabla [;] dos corredores al centro..." y afuera dos cuartos más, "...uno con suelo de ladrillo y otro de madera...". Tenía por supuesto cocina y un cuarto contiguo que debió ser la despensa. En la casa había en total catorce puertas, con sus chapas, y seis ventanas con enrejado de madera. Estaba techada de teja, morillo, tabla y vara, aunque tenía partes cubiertas de terrado. Afuera la casa tenía un corredor con su barandilla.¹⁴

Tal parece que en las grandes fincas avaleñas, con excepción de la zona de Cocula y quizá únicamente La Sauceda —que era entonces de los jesuitas—, no llegaron a existir cascos grandes y elaborados antes del fin del siglo XVIII.

Por lo que se refiere a la manera en que se transformaron las haciendas avaleñas, he aquí un panorama que se empieza a recrear a partir de los datos de un inventario de la hacienda de Amatitlán, de 1647. Esta, entonces contaba entre sus haberes: 300 cabezas de ganado caballar, 39 yeguas de cría mular, 30 burras con sus garañones, 200 reses alzadas y tan sólo 3 yuntas de bueyes. Mulas de carga no había. El total de ganado era de 500 cabezas entre caballar, vacuno, mular y asnal.¹⁵ Pero la cifra pudo haber sido relativamente elevada en razón de la escasa población provincial de entonces, pues ello sucedía al tiempo en que la curva demográfica alcanzaba su nivel más bajo.¹⁶ Aunque el inventario de la hacienda no trata de agricultura por el número de yuntas que había se supone que, no obstante la riqueza de la hacienda y sus ricos manantiales, el cultivo no debió ser significativo.

El contraste con la situación anterior, lo ofrecen Chichiquila y Ojo Zarco, hacia el fin del periodo colonial, a través de un inventario que

¹⁴ APACG, Inventarios extrajudiciales a bienes del finado don José María Gutiérrez..., 1818, s.f.

¹⁵ APJP, Títulos de Amatitlán (inventarios asociados a la venta de la hacienda en 1647 por Diego López de Saavedra a Francisco Delgadillo Carvajal), f. 132-135.

¹⁶ Entonces apenas llegaba a 7 100 habitantes después de haber tenido casi 45 000, cien años antes. Cfr. Sherburne Cook y Woodrow Borah, *Ensayos sobre la historia de la población: México y el Caribe*, México, Siglo XXI, 1977, p. 300 y 303.

no obstante datar de la época de gran depresión causada por la guerra de independencia permite hacer conjeturas sobre el último cuarto del siglo XVIII. En conjunto, las dos haciendas llegaron a tener un buen grupo de agroindustrias, que incluían azúcar, jabón, mezcal y harina de trigo. También había una amplia variedad de cultivos, como caña de azúcar, mezcales, maíz, trigo, cebada y ciertos frutales.

Había en ellas toda clase de ganados: 878 bestias de caballar; 307 de mular, con 40 mulas aparejadas para la carga; 942 cabezas de ganado vacuno, con 82 yuntas de bueyes —que son un buen indicador de la importancia de los cultivos en las haciendas—; 26 cabezas de ganado asnal, entre los que se contaban 10 burros aparejados para la carga. Por lo que se refiere a ganado menor existían 111 cerdos, 342 ovejas y 306 cabras.¹⁷

Al comparar a Amatlán del siglo XVII con Chichiquila y Ojo Zarco de principios del siglo XIX, saltan a la vista detalles que permiten cierto grado de generalización a nivel de conjetura. Por ejemplo, en Amatlán de 1647 se observa que el ganado caballar era numéricamente superior en razón de 10 a 6 al ganado vacuno, mientras que en Chichiquila y Ojo Zarco de 1818 vemos que el ganado caballar representa 9.3 ejemplares por cada 10 de vacuno. Este cambio de proporcionalidad podría ser inconexo, pero quizá sugiere una modificación de la demanda entre los ganados vacuno y caballar, en función del crecimiento del consumo de carne, por incremento de población, en la propia Provincia de Ávalos y en Guadalajara. También podría ser consecuencia del crecimiento de las exportaciones de ganado de Nueva Galicia y Ávalos a la Nueva España central. Ello apoya la reconstrucción de Eric Van Young, en lo que concierne a la transformación de la base productiva de las haciendas de la región tapatá, del predominio de la ganadería al de la agricultura comercializada.¹⁸

El que el agro avaleño haya seguido una trayectoria de transformación semejante al del campo neogallego vecino de Guadalajara, apoya la idea de que la Provincia de Ávalos había caído por completo dentro del área de influencia de Guadalajara al haber quedado en su intendencia. De ser semiautónoma, la de Sayula pasó a ser una región supeditada a la capital del reino neogallego. No dejó de ser región, pero las relaciones de dominación externas que pesaban sobre su organización y

¹⁷ APACG, Inventarios extrajudiciales a bienes del finado don José María Gutiérrez 1818, s.f.

¹⁸ Eric Van Young, *Hacienda and Market in Eighteenth Century México: The Rural Economy of the Guadalajara Region, 1675-1820*, Los Ángeles, University of California, 1981, p. 192. (Edición en México, Fondo de Cultura Económica, 1989). Ahí expone como la agricultura comercial desplazó a la ganadería como actividad principal; como los cultivos se hicieron más intensivos y se vio más fuerza de trabajo en la producción agrícola.

transformación se cargaron en favor de Guadalajara y en perjuicio de Sayula.

En el conjunto de Chichiquila y Ojo Zarco se encuentran dos indicadores muy descriptivos de la importancia que había tomado ahí la agricultura comercial a fines de la colonia. Primero, que contaban con 82 yuntas de bueyes, que era una fuerza tractiva tremenda en una propiedad tan pequeña en términos relativos. Segundo, que tenía 40 mulas y 10 burros aparejados para la carga, lo que indica un intenso movimiento de mercancía.¹⁹ Para matizar lo apenas dicho de las haciendas del sur de la Provincia, se recurre a la comparación con Huejotitán, la mejor documentada de las haciendas norteñas de la Provincia.

Esta hacienda fue de José de Villaseñor Figueroa por un corto lapso, hasta su muerte en la octava década del siglo XVII. Después se hizo famosa por su valor y capacidad productiva y por haber sido sede del mayorazgo fundado por Lorenzo de Villaseñor el Viejo, sobrino del primero. Huejotitán tenía siete sitios de ganado mayor, dos de menor y diez caballerías de tierra, que suman 15 274 hectáreas. De la pujante hacienda de 1778 tenemos las siguientes cifras de inventario ganadero. Había 1 749 yeguas y un total de 2 323 bestias de ganado caballar y 3 495 cabezas de ganado vacuno. Se contaron también 397 bestias mulares, que implican una buena reserva de animales de repuesto. Sin embargo, sólo 32 mulas eran de carga, las que representan una capacidad de transporte sensiblemente menor que la de Chichiquila y Ojo Zarco, que alcanzaban tan sólo un tercio de la extensión de Huejotitán.²⁰ También en capacidad tractiva Huejotitán era inferior en 1778 que Chichiquila y Ojo Zarco en 1818. En la primera había 71 yuntas contra 82 en las segundas.²¹

Huejotitán es interesante porque se cuenta con datos de 1658, 1682 y 1778 que permiten observar la evolución de su población ganadera. Así, en la sexta década del siglo XVII, poco después que se hiciese el antes consignado inventario de Amatlán, Huejotitán tenía 1 200 cabezas de ganado vacuno y 600 de caballar. Amatlán, en contraste, en 1647 tenía apenas 300 cabezas de ganado caballar, 39 yeguas de cría de bestias mulares, 200 reses alzadas, 3 yuntas y "... treinta burras con sus garañones...". Huejotitán, con tres tantos del tamaño de Amatlán, poseía seis veces el ganado vacuno de sus congéneres y tan sólo

¹⁹ APACG, Inventarios extrajudiciales a bienes del finado don José María Gutiérrez..., 1818, s.f.

²⁰ Archivo Histórico Municipal de Guadalajara (en adelante AHMG), Inventario y avalúo de la hacienda de San Francisco de Huejotitán, Caja 5, Legajo 55, 1778, f. 1.

²¹ AHMG, *doc. cit.*, 1778, f. 4. APACG, *doc. cit.*, 1818.

dos el de caballar; es decir, que la primera tenía entonces mayor densidad ganadera en vacuno que la primera y menos en caballar.²²

En 1682 se hizo otro inventario de Huejotitán; había solamente 42 animales equinos, una mula de carga, 779 vientres de ganado vacuno y 4 131 reses en total de este género. La composición del ganado revela lo que se producía para el mercado: había 850 vientres vacunos y 800 caballares; no había bueyes y tan sólo una mula de carga, como en Amatlán a mediados del mismo siglo. Para 1778, una centuria después, el ganado caballar había crecido grandemente. De 42 bestias en 1682 la suma alcanzaba 2 323 en 1778. Había asnos, de los que antes se carecía y ya sumaban 49, de los cuales 29 eran hembras. De una mula en 1682, se había llegado a 397, con 32 cargadoras. El contemplarlas junto con las 71 yuntas de bueyes que tenía la hacienda permite suponer que la vertiente agrícola de sus negocios había crecido en un siglo a pasos agigantados. El ganado vacuno, en cambio, había decrecido en ese lapso, de 4 303 a 3 495 animales, es decir en 19%.

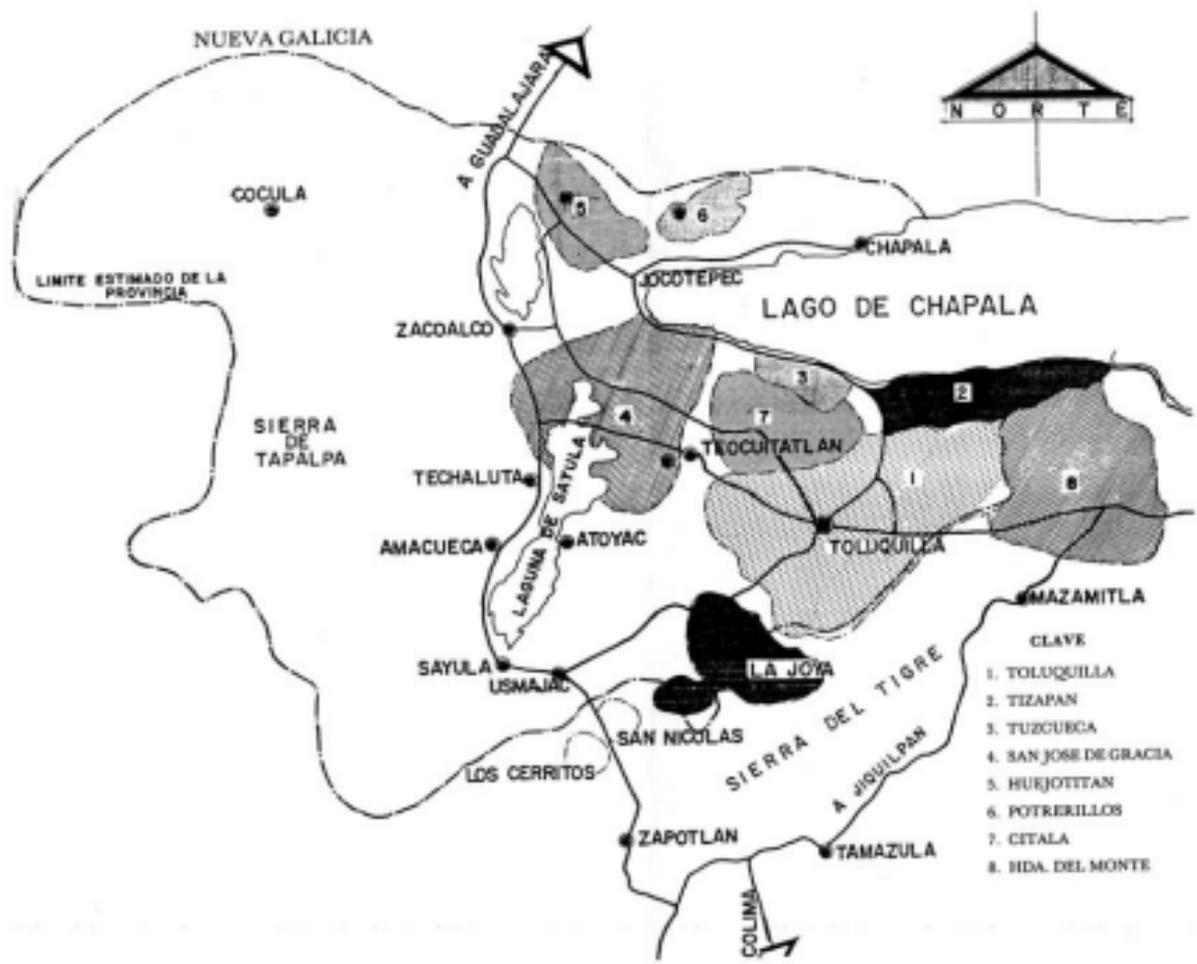
Huejotitán en 1682 tenía tres estancias, dos de las cuales, Xaxala y San Pedro del Rancho, se especializaban en la producción equina y mular. Entre ambas tenían entonces 972 bestias caballares y 396 mulares. Ello explica por que casi no las había en la primera. La cuarta estancia, El Cerrito, era de muy escasa producción; apenas tenía 6 bestias y 173 reses.

Enseguida se aborda una reconstrucción somera del complejo de haciendas de Toluquilla, que llegó a comprender además de San José de Gracia, Tuxcueca y Tizapán. Estas haciendas en un tiempo estuvieron hermanadas con Huejotitán y Potrerillos, así como con la enorme hacienda de la alcaldía mayor de Zapotlán llamada San Nicolás de la Provincia, formando así el gran latifundio avaleño. Se trata del feudo que iniciara Alonso de Ávalos el Joven, luego consolidado y acrecentado por su mujer, María Delgadillo, llegando a su máxima expresión en tiempos de José de Villaseñor Figueroa, en la octava década del siglo XVII. Sabemos por Luis González que María Delgadillo llegó a ser dueña de las 50 000 hectáreas de la Mesa del Juruneo,²³ lo que debió suceder por la segunda década del siglo XVII; aunque tales propiedades constitúan tan sólo una fracción de las tierras que poseía, dentro y fuera de la Provincia de Ávalos.

De ello parte se perdió en el siglo XVII temprano —la hacienda del Monte, que vendió el bachiller Alonso de Ávalos, hijo de María Delga-

²² AIPG, Diego Pérez de Ribera, vol. 12, 1665, f. 85v-87v. APJP, Títulos de Amatlán (inventarios asociados a la venta de la hacienda en 1647 por Diego López de Saavedra a Francisco Delgadillo Carvajal), f. 132-135.

²³ Luis González, *Pueblo en vilo*, 1968, p. 49.



NORTE

- CLAVE**
- 1. TOLUQUILLA
 - 2. TIZAPAN
 - 3. TUZCUECA
 - 4. SAN JOSE DE GRACIA
 - 5. HURJOTTAN
 - 6. POTRERILLOS
 - 7. CITALA
 - 8. HDA. DEL MONTE

dillo—; pero lo que quedó, hacia el fin del siglo, constituyó uno de los mayores latifundios del centro-occidente de Nueva España. Toluquilla y Huejotitán, con sus estancias, se estima que alcanzaron a tener más de 120 000 hectáreas de tierra en la octava década del siglo XVII. A ellas se les pueden sumar los 62 sitios de ganado mayor que tuviera su hacienda hermana de fuera de la Provincia, San Nicolás, con 109 000 hectáreas en términos aproximados. El tamaño de esta propiedad no alcanzaba el de las grandes haciendas del norte del virreinato, pero para el centro-oeste de su territorio era de gran extensión. Su momento de mayores dimensiones tuvo lugar unos veinte años después de que ocurriese el nadir demográfico, tanto en Ávalos como en Nueva Galicia.²⁴ El complejo de Toluquilla continuó agrupado por varias generaciones más; dos en manos de descendientes de Alonso de Ávalos el Joven y luego en las de los Echauri. Sin embargo, aunque separado de Huejotitán, Potrerillos y San Nicolás, llegó a formar por 1757 la enorme base del vínculo del mayorazgo fundado por Joaquín Fermín de Echauri.

Por ese tiempo San Javier de Tizapán tenía labores de trigo y maíz, molino de pan, trapiche, ganado vacuno, cría de mulas, sitios de ganado mayor y menor, así como caballerías de tierra (no especificadas en número). La hacienda tenía títulos de composición y lindaba por el oriente con el pueblo de Azuchitlán, que parece haber desaparecido. Por el poniente limitaba con Tuxcueca, por el sur con las serranías de Toluquilla y por el norte con la laguna de Chapala.

San José de Gracia tenía labores de trigo y maíz, molino de pan, cría de ganado vacuno y mular. Poseía sitios de ganado mayor y menor al igual que caballerías de tierra. Limitaba al oriente con el pueblo de Teocuitatlán y con el de Citala, por el poniente con la sierra de “Atemajaque” y por el sur con unos ojos de agua del paraje llamado “Poncitlán”. Por el norte lindaba con los pueblos de San Cristóbal y San Martín, en la orilla del lago de Chapala.

San Juan Bautista de Toluquilla, la hacienda madre, comprendía labores de trigo y maíz, ganado mayor y menor, así como caballerías de tierra. Limitaba al oriente con el río de la Pasión, al poniente con Teocuitatlán y al sur con la “... sierra que va a Tamazula...” que es la del Tigre. Por el norte bordeaba con las haciendas de Tizapán y Citala.

La menor de las haciendas del complejo, San Antonio de Tuxcueca, se componía de un sitio de ganado mayor y dos caballerías. Lindaba al norte con el lago de Chapala, por el suroeste con Citala y hacia el sureste con el pueblo de Tuxcueca.²⁵

²⁴ Cook y Borah, *op. cit.*, p. 300.

²⁵ AIPG, Manuel Nicolás de Mena (menor), vol. 18, 1757, f. 186v-199v.

La consignada diversificación de las haciendas avaleñas del sur también ocurría en el complejo de Toluquilla de mediados del siglo XVIII. En el latifundio de entonces había un trapiche, dos molinos de pan, cuatro unidades de cría de ganado mayor, dos de mular y una de ganado menor no especificado. Además tenía labores de trigo y maíz, en tres diferentes unidades de producción,²⁶ así como mezcales.²⁷ El conjunto de haciendas alcanzó a cubrir una superficie estimada de 82 000 hectáreas distribuidas como sigue: Tuxcueca 2 000; Tizapán 15 000; Toluquilla 40 000 y San José de Gracia 25 000.

Por esos años el conjunto de haciendas del complejo de Toluquilla tenía como actividad importante la producción ganadera para exportación a Nueva España. A partir de 1759 observamos a su dueño involucrado en la obtención del abasto de carne a Guadalajara, primero como fiador en colectivo, luego como aval único y finalmente como responsable directo por 1762. Pero sabemos que en 1737 Echauri ya participaba en el mercado de exportación de ganado a Nueva España al tiempo que era alcalde tapatío. Aunque mucho del ganado de exportación era procedente de Nayarit, una parte no despreciable parece haber sido de la Provincia de Ávalos. En 1737 Echauri obtuvo permiso para exportar 700 cabezas de sus ganados.²⁸

He aquí una somera reconstrucción de la especificidad de los latifundios avaleños con dos vertientes tipológicas, la de las chicas sureñas y la de las grandes norteñas, que se distribuían respectivamente en las áreas más y menos pobladas de la Provincia. Pero algo aparentemente común a todas las haciendas avaleñas era la ya mencionada diversificación de su base económica, que en más de algún momento les ha de haber salvado del rigor de las numerosas crisis del agro mexicano.

Entre los siglos XVII y XVIII se observa la presencia de un núcleo de grandes latifundios entre Zapotlán, Pátzcuaro y Guadalajara, cuyos principales exponentes eran: el grupo de haciendas de Vista Hermosa, Guaracha, La Palma, Cojumatlán, El Monte y Copáncaro, que sumaban 584 escrituras;²⁹ y el complejo de Toluquilla-Huejotitán y San Nicolás. Ambas heredades contaban con cientos de miles de hectáreas. Hasta ahora sólo se sabía del primero y parecía un caso aislado. El segundo había sido esbozado por Luis González, pero con extensión relativamente menor.

²⁶ AIPG, *loc. cit.*

²⁷ AIPG, Manuel de Mena (mayor), vol. 9-2, 1719, f. 661-663v; vol. 10-1, 1720, f. 200v-203. Los mezcales de Tizapán, Toluquilla y Tuxcueca producían de renta 200 pesos anuales de 1720.

²⁸ AIPG, Juan García de Argomaniz, vol. 36, 1737, f. 269-270, Antonio Morelos, vol. 11, 1737, f. 79v-82v.

²⁹ Heriberto Moreno, "El caso de la hacienda de Buena Vista y Cumuato vs. la comunidad indígena de Pajacuarán" (mecanuscrito), Coloquio de El Colegio de Michoacán, Zamora, 1980, p. 15.

Este núcleo de grandes haciendas parece haber ocupado sobre todo las zonas limítrofes entre las áreas de influencia de Guadalajara, Sayula y Valladolid. De aquí resulta una pregunta que conduce a una conjetura final en el sentido de que los mayores latifundios hayan tendido a yacer en zonas limítrofes entre las áreas de influencia directa de los centros regionales. En otras palabras, la accesibilidad desde el centro regional, mediada por la importancia y la distancia del centro regional propio y los centros regionales vecinos, está en aparente relación funcional con el tamaño de los latifundios. Mi hipótesis conclusiva propone que los latifundios mayores deben buscarse en las comarcas de jurisdicción dudosa o conflictiva por traslape de esquemas organizativos del espacio novohispano; así como en las áreas de aparente dominio escaso por cabeceras oficiales obsoletas.

Esta muestra de haciendas es primordial para el entendimiento del proceso regional de la Cuenca de Sayula entre 1550 y 1810. El estudio de la tierra revela aspectos muy importantes de sus propietarios que, en conjunto y por separado, son protagonistas trascendentes del proceso regional. Pero además, la tierra, como protagonista en sí, mucho puede revelar del proceso por la huella que este dejó en ella en los diferentes momentos de su acontecer.

La muestra de haciendas recién referida contribuye a la caracterización de los grupos dominantes de la sociedad colonial en la Provincia de Ávalos, con cierto grado de generación a comarcas vecinas como las de Guadalajara, Compostela y Huachinango. En seguida destaco la más importante, pero dejando antes claro que se trata de una conjetura reconstructiva de un universo a partir de una muestra.

Entre 1550 y 1680, en términos estimados, se observa un predominio de los criollos viejos, que poseían extensiones de tierra jamás pensadas por esas partes de el Occidente. Tenemos por ejemplo a la Casa de Ávalos, cuyos miembros se encontraban en una posición inmejorable a mediados del siglo XVII. Comprendía a los grandes terratenientes de Sayula, Compostela y Huachinango, los últimos de los cuales eran también mineros principales. Entre los tres poseían una superficie que podría acercarse al millón de hectáreas.³⁰

Por las descripciones de algunas fincas de los viejos criollos, estos parecen haberse convertido en señores de grandes espacios, pero conservando la sobriedad de sus antepasados los reconquistadores de España. Como grupo fueron bastante cerrados respecto al matrimonio, aunque no totalmente impermeables. En ocasiones mujeres de su clase casaron

³⁰ Cfr. Rodolfo Fernández, *Latifundios y grupos dominantes en la historia de la Provincia de Ávalos* (tesis, maestría en Sociología).

con algún funcionario o representante del Estado, como el caso del notario Orendáin. Por lo general se emparentaban entre sí, tanto, que no lo debieron hacer sólo por ideología de grupo, sino porque en el Occidente no había para ellos mucho de donde escoger.

Por la segunda mitad del siglo XVII se nota la creciente presencia de comerciantes establecidos en Guadalajara como Agustín Gamboa y Juan Bautista de Panduro, que empezaron a hacer sombra a los criollos viejos. Los mercaderes pronto empezaron a casar con sus mujeres y comenzaron a hacerse de sus haciendas.

Por el primer tercio del siglo XVIII se observa ya amplia participación de los comerciantes como grupo consciente de sí mismo, que se formalizaba institucionalizándose y demostraba mayor organización y una mentalidad más compleja que la de su contraparte, los antiguos señores de la tierra, los descendientes de los conquistadores.

En fuerte relación con el desarrollo de sus universos mentales, los comerciantes lograron una mayor capacidad de actuación, con esquemas más amplios y en suma, con una mentalidad más apta para incidir en los procesos regionales a su favor. El caso del latifundio de Toluquilla de Ávalos en manos de Joaquín Fermín de Echauri y su descendencia, desde *circa* 1717, es ejemplar. Se trata de uno de estos comerciantes que se convirtieron en hacendados montándose sobre el esquema de dominación rural que los criollos viejos habían desarrollado desde mediados del siglo XVI, transformándolo en el contexto de la nueva coyuntura de recuperación demográfica y de formación de mercados internos y de consolidación del Estado Español.

La pérdida de la relativa autonomía que había tenido la Provincia de Ávalos entre 1525 y 1586, la concibo como una consecuencia de que Guadalajara, al haberse convertido en capital de reino y al crecer su espacio de influencia de manera exorbitante, desarrolló esquemas de dominación más complejos y mentalidades más amplias. Esto parece haber dado elementos a sus actores dominantes para entrar en una dinámica de expansión del espacio regional por el control de más recursos. La víctima natural fue el proceso regional de Sayula.

Esta conjetura reconstructiva de la alternancia grupal interna de la élite colonial de el Occidente avaleño y su vecindad, permite el siguiente esquema de periodización para el estudio de la hacienda. De 1550 a 1680, Periodo de Crecimiento de los latifundios, basados económicamente, sobre todo, en la ganadería. De 1680 a 1810, Periodo de Recomposición, que incluye una fragmentación inicial de los latifundios, por ventas o matrimonios "contra" fuereños; así como la transformación de la base económica de las haciendas de primordialmente ganaderas a agroindustriales y agrícolas comerciales.

APÉNDICE

AMATITLÁN

Inventario de ganado de 1647

Equino	Total = 339
Adultos misceláneos	300	
Yeguas aburradas	39	
Bovino		Total = 203
Misceláneo	200	
Yuntas	3	
Asnal		Total = 30
Burras de cría	30	

CHICHQUILA

Inventario de ganado de 1818

Caballar		Total = 441
Caballos mansos	95	
Yeguas	278	
Yeguas aburradas	44	
Potros	62	
Caballos misceláneos	4	
Mular		Total = 199
Mulas de silla	56	
Mulas aparejadas	40	
Machos aparejados	7	
Machos	17	
Mulas de partida	48	
Mulas de herradero	6	
Mulas misceláneos	1	

Vacuno		Total = 543
Yuntas	51	
Bueyes cabestros	13	
Reses mansas	169	
Reses alzadas	200	
Beceros	31	
Porcino		Total = 29
Cerdos capones	14	
Cerdos de cría	15	
Asnal Total = 3
Burros misceláneos	3	

HUEJOTITÁN

Inventarios de ganado de 1658, 1682 y 1778

1658

Caballar		Total = 600
Vacuno		Total = 1200

1682 (con estancias anexas)

Caballar total		Total = 1020
Yeguas	790	
Caballos misceláneos	230	

Vacuno		Total = 4304
Vacas	859	
Bueyes	4	
Vacuno misceláneo	3441	

Mular		Total = 398
Mula de carga	1	
Mular misceláneo	397	

Asnal		Total = 119
Burras	70	
Burros misceláneos	49	

1778

Caballar		Total = 2323
Yeguas	1747	
Caballos misceláneos	576	

Vacuno	Total =	142
Bueyes 142		
Mular	Total =	401
Mular de carga	32		
Mular misceláneos	369		
Asnal	Total =	49
Burras	29		
Burros misceláneos	20		

OJO ZARCO

Inventario de ganado de 1818

Caballar	Total	437
Yeguas	317		
Potros	63		
Caballos mansos	57		
Mular	Total	108
Mulas	47		
Machos	10		
Muletos	6		
Mulas y machos de silla	45		
Vacuno	Total =	400
Reses de fierro	284		
Bueyes cabestros	6		
Becerras	48		
Yuntas	31		
Porcino	Total =	82
Puercos ..	82		
Asnal	Total =	10
Burros mansos	10		
Ovino	Total	342
Borregos ..	342		
Caprino	Total	306
Cabras	306		